PIEL DE ASNO

CUENTO DE CARLOS PERRAULT

00163284

PIEL de ASNO

CUENTO de CARLOS PERRAULT

Ediciones TOR

ilustraciones de Mirco

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

1 Pinocho en el teatro de títeres
2 Blancanieves y los 7 enanitos
3 Los príncipes encantados
4 La Bella durmiente del bosque
5 Juanfuerte
6 Piel de asno
7 La princesa y el erizo
8 Alí Babá y los 40 ladrones
9 La inocente mensajera
10 Pinocho en campo de milagros
11 El pájaro verde
12 Pulgarcito
13 Los maestros cantores
14 El rey del río de Oro
15 Caperucita Roja
16 Las tres princesas
17 El triunfo del zorro
18 Pinocho en la isla de las abejas
19 La princesa picarona
20 Simbad el marino
21 Canción de Navidad
22 Un viaje maravilloso
23 El niño que se volvió hormiga
24 El enano Zacarías
25 Pinocho en gruta del monstruo
26 El legado del moro
27 El gato con botas
28 El hada de Granville
29 De los Apeninos a los Andes
30 Meñique
31 El rey Cuervo
32 Almendrita
33 Pinocho en el país de juguetes
34 El niño perdido
35 Robin Hood
36 La isla encantada
37 Pif Paf
38 La carga liviana
39 La alfombra mágica
40 El pájaro que reía
41 La Cenicienta
42 Aventuras del rey Beder
43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
44 Pinocho en el fondo del mar
45 Gulliver en el país de enanos
46 La bella Dorigen
47 Las salamandras azules
48 Los zuecos maravillosos
49 Las tres hermanas
50 Fábulas de Iriarte
51 El niño raptado
52 Barba Azul
53 Tanino el hormiguerino
54 Gulliver en el país de gigantes
55 El tejedor de Segovia
56 El príncipe Cododac
57 La amiguita de los pájaros
58 La señorita Scuderi
59 Fábulas de Esopo
60 Constancia
61 Nicolasón y Nicolasín
62 Los rosales de la reina
63 El enfermero del Chacho
64 Grisélidis
65 Alicia en el país de maravillas
66 Aladino
67 Genoveva de Brabante.
68 La Sirenita
69 Peter Pan
70 El patito feo
71 Hombre que vendió su nombre
72 Los tres pelos del diablo
73 Hansel y Gretel
74 La flor del pantano
75 El buque fantasma
76 La cámara del tesoro
77 La desobediencia.
78 El tarro de aceitunas
79 El mensajero de la corona
80 La camisa del hombre feliz
81 La verdad sospechosa
82 La graciosa Emelia
83 El muchacho afortunado
84 La novia elegida
85 Las dos estatuas
86 La botella encantada
87 El mercader de Venecia
88 La obligación
89 El favorito ingenioso
90 Los dos ruiseñores
91 El ladrón de Bagdad
92 El tambor del regimiento
93 El pájaro de oro
94 El barbero silencioso
95 Las tres perlas
96 Gulliver en países maravillosos
97 El príncipe impostor
98 El rey en busca de novia
99 El soldadito de plomo
100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

PIEL DE ASNO

I

El burro prodigioso

ERA una vez un rey muy poderoso. Y, por serlo, lo respetaban no solamente los monarcas vecinos, sino los de apartadas regiones hasta donde había llegado la fama de su fuerza. Y como únicamente empleaba su poder en las causas nobles y justas, era querido por su pueblo, que nunca dejaba de responderle cuando solicitaba su concurso. Por todo lo cual el rey de este cuento pasaba por ser uno de los más felices de la tierra.

Contribuía a su ventura la esposa que le había tocado en suerte; pues como, además de poderoso y justiciero, era hombre de buen gusto, llegado el momento de elegir compañera, había puesto los ojos en una joven princesa cuya virtud, hermosura y gracia, la convertían en un modelo de perfecciones.

De este feliz matrimonio nació una niña dotada de tantos encantos, que sus padres ya no deseaban más hijos, para poder consagrarle todo su cariño y dedicarle toda su atención.

En el palacio real se notaba desde el primer momento la magnificencia, el buen gusto y la abundancia. Y es que el soberano, a más de las condiciones que ya le conocemos, tenía la de saber elegir a sus colaboradores, desde los más eminentes hasta los más humildes, o sea, desde los consejeros hasta los caballerizos. Los primeros eran tan sabios como hábiles y tan virtuosos como fieles. En cuanto a los servidores, eran activos, honestos y leales.

En las caballerizas de palacio había magníficos caballos de tiro y de montar, bien mantenidos y mejor peinados. Pero lo que más llamaba la atención de los visitantes era el prodigioso asno, que lucía sus enormes orejas en un lugar de preferencia y estaba mejor atendido que el propio caballo favorito del rey. Cuando los peones acudían durante la mañana a renovar los helechos que servían de cama al burro mimado, hacían una buena cosecha de escudos de oro que resplandecían como soles.

Aquél no era un burro cargado de plata, como se suele decir del hombre rico e inculto, sino un burro que llenaba de oro, pues su estiércol eran

Su única ocupación durante los primeros meses de viudez...

relucientes monedas de oro. Y no hay por qué agregar que, para que la producción no disminuyera, tenía el pesebre permanentemente bien provisto.

II

Muere la reina

Pero estaba de Dios que la felicidad de la real familia no podía ser duradera. La descarnada mano de la desgracia llama tanto a la puerta de las chozas como a la de los palacios. De ahí que un día, cuando nada lo hacía sospechar, la joven y bella reina cayó postrada en cama, víctima de una enfermedad muy grave contra la cual se estrellaron los recursos de la ciencia.

Al cundir la noticia por el reino, el desconsuelo fué general, pues si mucho querían al monarca, no querían menos a su compañera, de cuyas virtudes se hacían lenguas todos los súbditos.

Comprendiendo la reina que se aproximaba su fin, le dijo al rey, que a su lado lloraba desconsoladamente:

—Estoy segura que voy a morir.

—No digáis eso, mi dueña y señora —exclamó el monarca en un gemido.

—Sí, voy a morir, lo sé, lo noto. ¿Me permitís que en este supremo instante os haga una súplica?

—Todas las que queráis —dijo su afligido esposo—. Y sabed que no las tomaré como súplicas, sino como órdenes.

—Gracias. Lo único que deseo es esto: si volvéis a casaros...

Al oír estas palabras, el rey interrumpió a su mujer, cubriendo sus manos, que ya estaban invadidas por el frío de la muerte, de lágrimas y besos, mientras le decía:

—No sigáis, que no hace falta. La que me queréis hacer es una recomendación inútil, pues jamás contraeré segundas nupcias. Mejor que hablarme de un nuevo matrimonio, habladme de seguiros al sepulcro, pues no deseo sobreviviros.

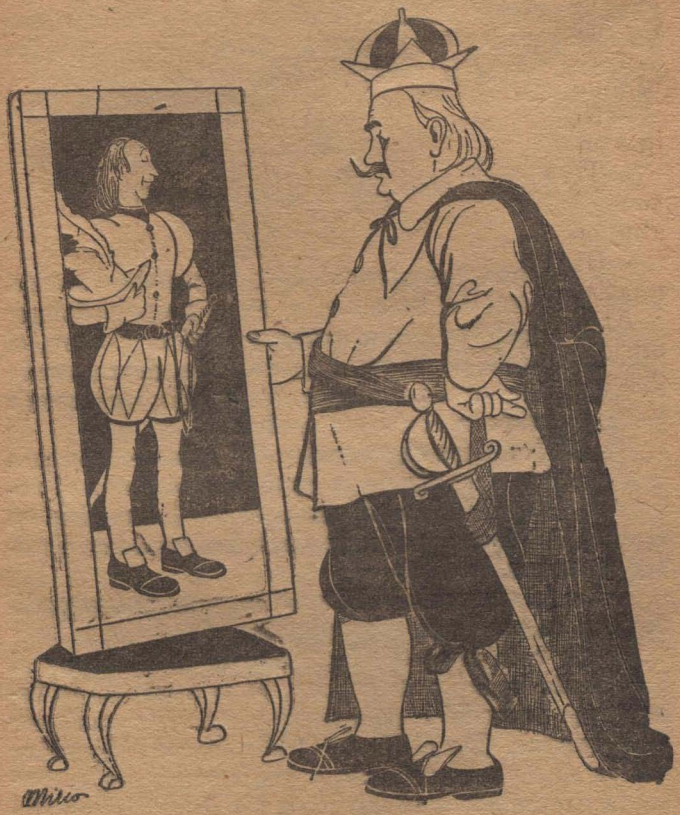
—¡No! —repuso la reina con firmeza—. No acepto vuestro juramento. Pensad que el Estado tiene derecho a exigiros un heredero de la corona, y lo único que le hemos dado ha sido una niña.

—¿Queréis, pues, que me sacrifique y sacrifique también vuestra memoria en homenaje al pueblo?

—Sí, lo quiero; pero os ruego encarecidamente, por el cariño que me profesáis, que no cedáis a las

exigencias del gobierno hasta que hayáis encontrado una princesa más bella que yo. Jurádmelo solemnemente. Sólo así moriré tranquila y feliz.

No faltó mal pensado que, al enterarse del juramento arrancado al rey por su esposa, dijo que ésta lo hizo sabiendo que su marido no iba a en-



Cuando lo recibió, no quedó muy conforme.

contrar en el mundo persona que la igualara en hermosura y que, por lo tanto, lo obligaba con ello, aunque de manera indirecta, a permanecer viudo toda la vida.

Sea como fuere, lo cierto es que la reina murió y nunca marido alguno dió tan extraordinarias muestras de dolor como su esposo, tanto que llegó a preocupar a los cortesanos, pues su única ocupación durante los primeros meses de viudez fué gemir y llorar la muerte de la reina.

III

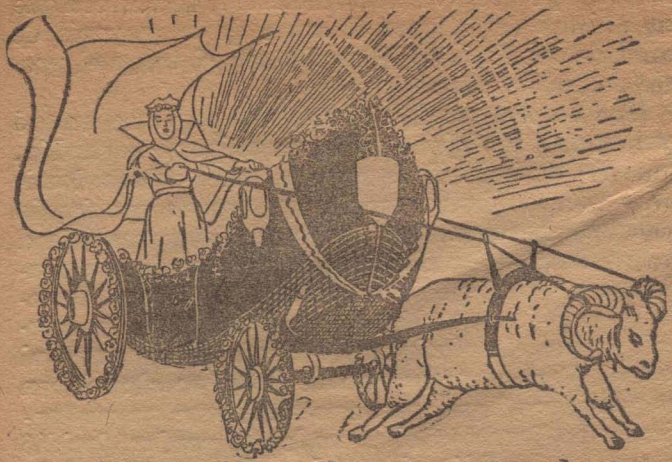
La princesa que no quería casarse

Por fortuna, los grandes dolores no son eternos, ni en la choza del humilde, ni en el palacio del poderoso. Y así fué como, transcurrido el tiempo, el rey se consoló de la pérdida sufrida, derramando el caudal de su sentimiento en la hija, que crecía bella y graciosa como su madre.

Un día los altos dignatarios del reino celebraron una reunión después de la cual fueron a ver al soberano. Obtenida la audiencia, el rey los recibió en el salón del trono, y el más viejo, hablando en nombre de todos, le dijo:

—Por la seguridad del pueblo, venimos a pediros que os caséis en segundas nupcias.

Al oír esta proposición, recordó el monarca el juramento hecho a su esposa, se le apareció la escena que precedió a su muerte y no pudo contener las lágrimas. Con el fin de eludir la cuestión y dar largas al asunto, recordó a sus consejeros lo que había prometido a su mujer, y los desafió a encon-



Aquella misma noche se puso en camino

trar una princesa más bella que la difunta reina.

—La hermosura es un detalle de relativa importancia —dijo el más viejo de los presentes—. Una reina puede hacer feliz a su pueblo con tal que sea virtuosa. No olvidéis que el país necesita príncipes herederos para su seguridad y reposo. Si llegarais a morir, que Dios no lo permita, sin dejar un heredero varón, los países vecinos podrían provocar guerras alegando pretendidos derechos al trono.

Estas consideraciones convencieron al rey, quien despidió a sus consejeros, prometiéndoles que estudiaría el asunto y vería la manera de complacerlos.

Reparando que su hija iba a estar pronto en edad de casarse, se le ocurrió que el heredero varón que sus consejeros le exigían bien podía venirle por conducto de la bella niña. Y decidió casarla con

un príncipe que no fuera ambicioso, de manera que en el caso de fallecer él antes de la mayoría de edad de su nieto, no le arrebatara el trono el propio padre de éste.

Hechas las averiguaciones del caso, se enteró que en un país lejano había un príncipe segundón, que sin ser imbécil, lo parecía, pues estaba dominado por una holgazanería tan grande que jamás aspiraría a cargar con la pesada responsabilidad del gobierno. Hizo el ofrecimiento al padre del muchacho y mandó pedir un retrato del futuro. Cuando lo recibió no quedó muy conforme, pues, en verdad, no era el príncipe un dechado de apostura ni belleza. Pero como en aquella época no abundaban los príncipes hermosos, aparte de que un pretendiente feo lleva casi siempre las de perder, decidió imponer a su hija el matrimonio, sacrificándola en aras de la tranquilidad del pueblo.

La princesa, al oír la proposición de su padre, creyó morir de pesadumbre.

Creyendo con ello cumplir con el juramento hecho a su esposa, el monarca se mostró inflexible y le dijo a la princesa que debía obediencia a su padre y que, por lo tanto, en lugar de desesperarse a implorar en vano, debía irse preparando para la boda.

Creció la desesperación de la niña y como el hombre, aunque rey, también era padre, para llevar un poco de consuelo al afligido corazón de la princesita, le dijo que le haría los regalos de boda que más le gustaran, por extravagantes y costosos que fueran.

IV

El Hada de las Lilas

La madrina de la princesa, como era costumbre entre la gente encumbrada de aquella época, era una hada: el Hada de las Lilas, una de las más sabias y virtuosas.

Apenada profundamente por la orden recibida

Quedó maravillada a la vez que confundida.

de su augusto padre, la niña fué a contar sus penas a su madrina, invocándola en una súplica ferviente. El hada oyó el ruego y aquella misma noche se puso en camino en una linda carroza tirada por un gran carnero que conocía los caminos del mundo. Y llegó con toda felicidad al palacio del rey.

La maga, que tenía por su ahijada un cariño en-

trañable, se apresuró a decirle, apenas estuvo en su presencia, que conocía la causa de su aflicción.

—No te alarmes —le dijo—. Nada malo podrá ocurrirte, si sigues mis recomendaciones al pie de la letra. Casarse con quien no se quiere es casi un delito. Por lo tanto, debemos evitarlo a todo trance. Y ya que tu padre ha prometido traerte todo lo que le pidas como regalo de boda por raro y costoso que sea, dile que te compre un vestido de color de tiempo. Estoy segura que, a pesar de su deseo de complacerte y de su poder, no podrá encontrarlo en ninguna parte.

La princesa dió las gracias a su madrina, prometiendo seguir sus indicaciones.

Al día siguiente, cuando su padre la visitó para hablarle nuevamente del matrimonio proyectado, le dijo que si quería que se casara con el príncipe feo tenía que regalarle un vestido de color de tiempo De lo contrario, se iba a negar firmemente.

Satisfecho el rey, al ver la buena disposición de su hija, convocó a los más expertos tejedores y a las más hábiles modistas, y les encargó un vestido de color de tiempo, advirtiendo que si no se lo entregaban en un breve plazo, serían ahorcados sin remisión.

Contra lo que habían supuesto la princesa y su madrina, el rey no tuvo necesidad de cumplir su amenaza, pues dos días después de haber reunido a tejedores y modistas, le trajeron el vestido terminado. Y la bóveda del cielo, cuando se matiza con celajes de oro, no es tan espléndida como lo era aquel precioso traje.

El rey entregó la magnífica prenda a la princesa, y ésta no supo qué contestar, pues quedó deslumbrada a la vista de tanta belleza. Cuando volvió

a estar sola, para salir del apuro, llamó de nuevo a su madrina, la que no tardó en aparecer, visiblemente preocupada. No ocultó su extrañeza ante la indiferencia del remedio propuesto.

—Ya que han dado con el color del tiempo —exclamó—, dile a tu padre que también necesitas un vestido de color de luna.

Debió soportar las bromas de los peones.

Así lo hizo la niña, y el rey, después de enterarse, convocó de nuevo a tejedores y modistas y les encargó la prenda, imponiendo las mismas severas condiciones de la primera vez. Y el rigor extremo hizo nuevamente milagros: el vestido de color de luna quedó terminado en poco más de veinticuatro horas.

La princesa quedó deslumbrada a la vista de tan

precioso traje, y por un momento olvidó al feo pretendiente causante de aquel derroche de vestuario.

El Hada de las Lilas, que estaba pendiente de lo que ocurría, se presentó esta vez a la princesa sin esperar que la llamara. Cuando estuvieron solas, le dijo:

—O mucho me engaño, o si pides un vestido de color del sol habremos triunfado sobre el rey, pues nadie es capaz de hacer una prenda semejante. Y, en el peor de los casos, siempre habremos ganado tiempo.

A la niña le pareció bien la idea, y le dijo a su padre que, como nuevo pedido, y sin el cual no iba a casarse, quería que le trajera un vestido que tuviera el color del sol.

Pueden imaginar, ya que no es tarea fácil explicarlo, la sensación que experimentó la princesa cuando le fué entregado el vestido. Jamás, ni ella ni nadie, había visto cosa tan hermosa, ni elaborada con tanto arte y primor. La pobre niña quedó maravillada a la vez que confundida. Y como no le convenía darse por satisfecha, pretextando que le dolían los ojos, se retiró a su aposento.

Allí se encontró con su madrina, la que, enterada, como buena maga que era, de lo que había pasado, estaba poco menos que avergonzada por el poco éxito logrado con sus recursos. Y no sólo eso, sino que al ver el vestido de color de sol, al hada le salieron todos los colores a la cara, de enojada que se puso.

—Esto no quedará así, hija mía —le dijo.

—¿Se os ocurre otro vestido?

—Nada de eso. Ya hemos visto que, en cuanto a colores, a tu padre ninguno le resulta difícil.

Llegó a la casa, de regreso de una cacería.

—¿Y qué es lo que tengo que pedirle?

—Casi nada: la piel del asno que tanto aprecia y que llena las arcas del tesoro con tan fácil prodigalidad. Anda y no dejes de pedírsela inmediatamente.

Contenta la princesa por tener todavía un pretexto para eludir el casamiento que tan odioso le resultaba, y creyendo que su padre no se resolvería nunca a sacrificar un animal tan productivo, fué a verlo de inmediato y le expuso su deseo de tener, como último regalo de bodas, la piel del querido cuadrúpedo.

El rey se quedó, como era de imaginar, desagra-

Hizo invisible a la fugitiva

jos de los perseguidores.

dablemente sorprendido. Estaba por reprender a su hija por aquel capricho. Pero, recordando la promesa hecha y temiendo malograr el proyectado enlace, le dijo:

—¿Lo consideras de veras como mi último regalo de bodas?

—Sí, padre mío —contestó la princesa, con voz no muy firme, pues empezaba a temer una respuesta satisfactoria del rey.

—Puesto que es tu último capricho, no vacilo en satisfacerlo. Mañana tendrás la piel del pobre asno, principal contribuyente del tesoro del reino.

V

La piel de asno

El burro mimado de la corte fué sacrificado esa misma tarde. Y al día siguiente era entregada su piel, bien limpia, curtida y perfumada, a la princesa.

Viendo ésta que ya no iba a encontrar ningún pretexto para esquivar su infortunio, se mesó los cabellos con desesperación y llamó a su madrina, más para tener a alguien a quien contar su pena que para que la librara de su desgracia con uno de los fracasados recursos que le había indicado.

—¿Qué estás haciendo, hija mía? —dijo el hada, viendo que su ahijada, en un arrebato, se maltrataba sin piedad el lindo rostro—. ¿No sabes que ha llegado el momento más feliz de tu vida?

—¿Ha llegado? Pues yo no lo veo —dijo la princesa, a quien el dolor no le apagaba del todo la chispa.

—¡Ya lo creo que ha llegado —prosiguió su

madrina—. Envuélvete en esa piel de asno, sal del palacio en hora oportuna, cuando nadie pueda verte, y vete por esos mundos de Dios, sin rumbo fijo, allí donde la suerte te conduzca. Toma esta varita mágica. Cuando tengas necesidad de hacer algo, toca con ella la tierra, e inmediatamente verás satisfecho tu afán. Pero sal, sal en seguida, que ahora es el momento oportuno.

La princesa abrazó a su madrina, le rogó que no la abandonase en la dura prueba a que la sometía, se ensució la cara y las manos con hollín, se envolvió en la piel del asno y salió del palacio sin que nadie la viera.

Los médicos presentes lo calificaron de mal síntoma.

VI

La princesa sucia y mal vestida

La desaparición de la hija del rey causó en la corte un revuelo extraordinario. El monarca, que había hecho preparar una brillante fiesta para sus bodas, estaba poco menos que desesperado. Al dolor de la pérdida de la hija se agregaba el disgusto de ver desbaratados sus planes. Ordenó que más de cien infantes salieran inmediatamente en busca de la princesa y que más de mil caballeros hicieran otro tanto. Pero no contaba con la intervención del hada madrina. Esta hizo invisible a la fugitiva a los ojos de los perseguidores, de manera que, aunque pasaban junto a ella, no la encontraban.

Camina que caminarás, la princesa recorrió distintas sendas durante mucho tiempo. Y no se detuvo hasta llegar a un país muy lejano.

Fué pidiendo trabajo de puerta en puerta y, aunque en todas partes le daban, como limosna, algo de comer y un rincón donde dormir, nadie la quería tomar a su servicio. Y es que consideraban que no podía ser buena sirvienta una muchacha tan sucia y mal vestida.

Andando, andando y andando, se aproximó a una gran ciudad. A las puertas de ésta había una granja cuya dueña precisaba una mujer para lavar los platos y la ropa, cuidar los pavos y las ovejas y limpiar el chiquero de los cerdos. Como era una buena mujer, tan pronto vió a nuestra heroína y se enteró que deseaba trabajar, le propuso quedarse en su casa. La princesa aceptó muy contenta. Cansada de vagar por el mundo, ansiaba radicarse en un lugar tranquilo. Y aquél lo parecía.

Y ya tenemos a la princesa llevando a pastar los pavos y las ovejas y dándose tan buena maña para elegir los sitios, que cualquiera hubiera dicho que en toda su vida no había hecho otra cosa.

Un día se sentó a descansar junto a una fuente cristalina, y mientras deploraba el triste estado a que la había llevado su determinación de no casarse con quien no quería, se le ocurrió mirarse en el líquido espejo, y lanzó un grito de espanto al ver el horrible efecto que producía sobre su cabeza la piel de asno. Avergonzada de semejante vestido, lo arrojó lejos de sí y se lavó la cara y

Dispuso el monarca que a son de tambores..

las manos. Estas pronto volvieron a ser blancas como la nieve y frescas como los lirios. Al verse tan hermosa, se le ocurrió bañarse en el agua de la fuente. Y así lo hizo. Después de higienizarse y refrescarse, se vistió los harapos, se cubrió con la piel del asno y regresó a la granja.

VII

El hijo del rey

Un domingo en que Piel de Asno —pues así la llamaban los peones de la granja— encerrada en su cuchitril, se había puesto su vestido color de sol, llegó a la casa, de regreso de una cacería, el hijo del rey, y entró con el propósito de descansar un rato.

Se trataba de un príncipe joven, hermoso y bien plantado.

Le ofrecieron una merienda campestre, que el gentil cazador aceptó con su habitual amabilidad. Cuando se sintió repuesto de la fatiga, se puso a visitar los corrales, graneros y rincones de la casa. Y en una de ésas se metió en un oscuro pasadizo al final del cual vió una puerta. Se acercó y, más por pasatiempo que por curiosidad, miró por el ojo de la cerradura, y su asombro no tuvo límites al ver, nada menos que en semejante sitio y sin que nadie se lo advirtiera, a una hermosa princesa rica y espléndidamente vestida. Por su aire noble y dulce a la vez, la tomó por una divinidad. Tanto le impresionó el maravilloso espectáculo, que de buena gana hubiera derribado la puerta sin el respeto que le inspiraba la deliciosa visión.

Buen trabajo le costó resolverse a salir de aquel oscuro pasadizo. Pero supo sobreponerse, y tan pronto estuvo fuera, preguntó a un peón:

—¿Quién vive en aquella piecita del extremo del pasadizo?

—Es una sirvienta sucia y mal arreglada —le contestó el interrogado— a quien conocemos por Piel de Asno, porque tiene el capricho de cubrir sus harapos con el cuero de quién sabe qué burro. Cuando llegó a la granja era tan asquerosa, que todos disparaban de su lado. La patrona la tomó por caridad para que cuidara los pavos y las ovejas.

Aunque sofocando la risa, los emisarios salieron.

VIII

El príncipe enfermo

No quedó muy satisfecho el príncipe con las noticias que le dieron de la misteriosa damita. Comprendió que aquellos rudos campesinos ignoraban lo que más le interesaba.

Volvió al palacio real con el alma iluminada, pues conservaba nítidamente en la mente la imagen deslumbrante. La impresión producida, agregada al misterio que rodeaba a la gentil figura, le produjo aquella misma noche una fiebre tan violenta, que temióse una desgracia.

La reina, que no tenía más hijos que él, se desesperaba al ver que todos los remedios que se le daban al joven príncipe resultaban ineficaces.

—¿Estás acaso enamorado? —le preguntó—. Si te gusta alguna princesa y quieres casarte con ella, no repares en nada.

—No quiero a ninguna princesa —contestó el enfermo—. Lo que quisiera es que Piel de Asno me hiciera un pastel.

Le extraño a la reina tanto el antojo del príncipe como el extravagante nombre que acababa de pronunciar. Preguntó a los soldados de la guardia quién era aquella Piel de Asno. Y uno de los oficiales que se hallaban presentes y que por casualidad había visto a la aludida, dijo:

—Es una muchacha sucia que anda cubierta con una piel de asno.

—Bueno, no importa. Es posible que mi hijo haya comido pasteles hechos por ella el otro día cuando regresó de caza. Será un capricho de enfermo.

Se quedaron pasmados al ver que debajo de la repugnante piel...

En seguida fué un emisario a ver a la granjera, a la que trasmitió la orden de la reina. Aunque muy extrañada, la mujer llamó a Piel de Asno y le dijo que acompañara a palacio al mensajero.

Una vez en la real mansión, la princesa ignorada recibió la orden de que pusiera todo su esmero en la confección de un postre para el hijo del rey.

IX

El postre con sorpresa

Mientras trabajaba la masa, un anillo que tenía en el dedo meñique se le desprendió y fué a mezclarse con la harina, y ella, ya fuese porque no se dió cuenta o porque lo había hecho a propósito, no se cuidó de retirarlo.

Cuando hubo terminado el postre —que, debido a la pérdida sufrida, resultaba con sorpresa— fué a entregarlo al oficial de guardia, a quien de paso pidió noticias sobre el estado del enfermo. El militar ni siquiera se dignó contestarle y, tomando la fuente, penetró en el dormitorio del príncipe.

Un poco inquieta por no tener noticias de la enfermedad del hombre que quería, Piel de Asno regresó a la granja.

El príncipe, apenas le presentaron el postre, lo empezó a comer con extraordinario apetito, tanto, que los médicos asistentes lo calificaron de mal síntoma. Y le faltó poco para que el temor de éstos se convirtiera en realidad, ya que el enfermo estuvo a punto de atragantarse con el anillo que encontró en uno de los primeros pedazos que engulló casi sin masticar. Con todo disimulo,

retiró la preciosa alhaja de la boca, y su apetito se cortó al examinarla, debido a la emoción: aquel anillo era tan pequeño, que únicamente podía servir para el más lindo dedo de la mano más aristocrática.

X

En busca de la dueña del anillo

Cuando estaba solo o nadie lo observaba, el príncipe besaba con amor el anillo del postre.

Y nos encontramos con que la joya hallada entre la masa, y las ideas que provocaba en la mente del príncipe, le mortificaban mucho, tanto, que la fiebre que había casi desaparecido, volvió a quemar su sangre.

Más de tres meses duraron las fiestas.

Los médicos, no sabiendo qué remedios dar ni qué decir, declararon a la afligida reina que lo que el príncipe tenía era mal de amores.

La infeliz madre corrió a ver al rey y le pidió que la acompañara a la cabecera del paciente.

—Hijo mío —dijo el monarca—, sabemos que estás enamorado.

—No deseo realizar un matrimonio que os disguste —exclamó el enfermo. Y, sacando el anillo que tenía escondido debajo de la almohada, agregó—: Os prometo casarme con aquella mujer a quien sirva este anillo. Como podéis ver, sólo puede ser de una princesa.

Ni bien salió del cuarto del enfermo, dispuso el monarca que, a son de tambores y trompetas, se diera a conocer por toda la ciudad y sus alrededores un bando en el que se anunciaba que la mujer a quien quedara bien aquel anillo se casaría con el príncipe heredero.

Apenas se tuvo conocimiento de tan extraordinaria invitación, se pusieron en movimiento las damas de la corte. Quién más quién menos, todas las solteras abrigaban la esperanza de ser la futura reina a la vez que la esposa del hombre más buen mozo de la región.

Pero, por más que dejaron de comer para perder carnes y se estrujaron los dedos en el momento de la prueba, ninguna consiguió que el anillo pasara de la segunda falange.

A continuación de las damas de la nobleza, se permitió concurrir a las costureras y modistas; y, aunque entre ellas las había muy lindas, sus dedos se negaron a recibir la alhaja más allá de la primera falange.

Finalmente, se recurrió a las campesinas. Pero

éstas, en lugar de dedos, presentaban verdaderas estacas, con lo que el anillo no alcanzaba ni a sostenerse en la punta.

XI

El triunfo de Piel de Asno

No quedando ya nadie a quien pudiera venir bien el anillo, el príncipe mandó llamar a las cocineras, pastoras y sirvientas de la región. Pero ocurrió lo mismo que con las campesinas.

Entonces preguntó el hijo del rey:

—¿No han avisado a esa que llaman Piel de Asno, que tan rico postre me hizo el otro día? Aunque sea por reconocimiento, debían haberlo hecho.

Todos se echaron a reír.

Entonces el rey, notando la aflicción que el fracaso del original torneo causaba a su hijo, exclamó:

—No importa cómo sea Piel de Asno. Que vayan a buscarla inmediatamente.

Aunque sofocando la risa, los emisarios salieron a cumplir la real orden.

La princesa ignorada, que al rumor de la gente y al ruido de los tambores y al grito de los pregoneros había comprendido que el anillo dejado en la masa del postre era el causante de semejante trajín, como amaba entrañablemente al príncipe, aguardaba con inquietud que le llegara el turno, temerosa de que alguna dama de la corte la aventajara en mano pequeña y aristocrática. Por eso su alegría fué enorme cuando llamaron a la puerta de su cuchitril en nombre del rey.

Se envolvió con su asquerosa piel de asno y salió a abrir. Y los emisarios empezaron a hablar.

—El rey te llama —dijo uno—. Debe de estar prendado de tu elegancia.

—No —exclamó otro—. Le quiere dar su hijo por esposo.

—Tendremos —agregó un tercero— una reina con orejas de burro.

Entre risas y algaraza, la llevaron a palacio y la introdujeron en el aposento del príncipe. Este, al verla con aquel feísimo disfraz, se resistía a creer que fuera la hermosa criatura a quien tanto había admirado por el ojo de la llave.

—¿Eres tú? —le preguntó, confuso y apenado por haberse engañado tan torpemente.

—Sí, señor; soy yo —respondió la princesa, con voz que desentonaba con su horrible indumentaria.

—Bueno, muéstrame tus dedos.

Muchos ya contenían la risa esperando ver aparecer una mano sucia, grande y callosa. Por eso la sorpresa general fué extraordinaria. El rey, la reina, los cancilleres y grandes caballeros de la corte se quedaron pasmados viendo que por debajo de la repugnante piel de burro aparecía una mano pequeñita y nacarada, a cuyo fino dedo meñique se ajustó el anillo como si hubiera sido hecho a medida. Y el asombro subió de punto cuando la princesa, con un leve movimiento, dejó caer el cuero que la cubría y apareció en todo el esplendor de su soberbia belleza.

El hijo del rey, a pesar de hallarse convaleciente, se puso de rodillas a sus pies. Levantándose luego, le dió un tierno beso y la llamó su

novia. Los soberanos corrieron también a estrecharla entre sus brazos.

Ante el asombro general, el techo del salón se abrió de par en par y dejó paso al Hada de las Lilas, que había acudido a presenciar el acontecimiento, en una carroza tejida con las flores de su nombre. El príncipe la ayudó a descender del carruaje, y entonces la maga, después de saludar reverentemente a los soberanos, refirió con gentil donaire la historia de la princesa. Pueden ustedes imaginarse el regocijo de los reyes al enterarse que Piel de Asno no era una ruda pastora, sino una princesa de sangre real.

Sin embargo, el hijo del rey declaró que admiraba más la probada virtud de la joven que su elevado rango.

La princesa dijo que no se casaría sin el consentimiento de su padre. Por consejo del hada madrina, se resolvió mandar al futuro suegro del príncipe heredero una invitación al casamiento, sin decirle el nombre de la contrayente.

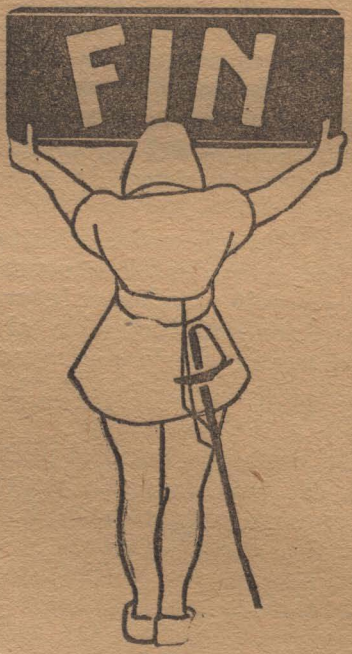
Apenas se enteró de su llegada, la princesa en persona salió a recibirlo.

En reunión celebrada entre el padre de la niña y los reyes del país, la novia preguntó a aquél si le daba permiso para casarse. El soberano visitante dijo que accedía gustoso y que no pedía perdón a su hija por los sufrimientos que le había causado, porque gracias a ellos había encontrado un novio tan bueno y tan gallardo.

El padre del príncipe abdicó aquel mismo día la corona en favor de su hijo y lo hizo subir al trono, a pesar de su resistencia. Por su parte, el padre de la princesa dijo que nombraba al mismo

joven heredero de la corona, ya que legítimamente le correspondía por no tener descendencia de su segundo matrimonio.

Más de tres meses duraron las fiestas de palacio y el júbilo popular. Y el amor de los reales esposos duraría todavía, si no hubieran muerto hace varios siglos.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial Tor, el día 4 de enero de 1945.
Printed in Argentina. Impreso en la Argentina.

SC
4'J
C-LA

CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
TO